

Pedro Lovatón Sarco

## El *Guenguesh*<sup>1</sup> y el *Yukish*: fenomenología de un necrosímbolo peruano

### Resumen

El pensamiento andino y, particularmente en la sierra central peruana, la red de creencias religiosas tiene su realización en conductas determinadas por hipótesis sobre *el más allá* de suyo simbolizadas en la presencia y performance de aves, insectos, animales, etc. Se expone aquí la interpretación que en aquél se tiene de la mosca que ronda generalmente la carne (el *guenguesh*), leído como el anuncio de la muerte. El objeto nuclear que en la circunstancia cultural genera la interpretación es, como se ve, el *guenguesh* y se toma como una excusa empírica para reflexionar sobre —ésta es la hipótesis central— la borrosa universalidad del temor a la muerte. La exposición se divide en tres partes y con diferentes estatutos epistémicos cada una. La primera es una introducción contextualizadora y un anuncio de las hipótesis, la segunda, una reflexión interdisciplinaria en diálogo con Marcuse, Arguedas y otros, sobre cómo vemos, nos preparamos y pensamos la muerte, y, tercero, se ensaya una suerte de crónica, para ilustrar el tema tratado, con un caso particular, esto es, el de Ildefonso Páucar Oncehuay y la intervención de un símbolo correlativo: el *yukish*.

### Palabras clave

MUERTE, MOSCA, ANUNCIACIÓN, EPISTEME ANDINA, IMAGINARIO CULTURAL HUARIARQUEÑO.

### Summary

The Andean thought and the network of religious beliefs, particularly in the Peruvian central mountain range, has its accomplishment in conducts determined by hypothesis on *the beyond* his symbolized in the presence and performance of birds, insects, animals, etc. Here is exposed the interpretation in that one is had of the fly that goes up to around the meat generally (the *guenguesh*), read like the announcement of the death. The nuclear object that in the cultural circumstance generates the interpretation is, as it is seen, the *guenguesh* and it is taken as an empirical excuse to reflect on—this one is the central hypothesis— the blurred universality of the fear to the death. The exhibition divides in three parts and with different epistemical statutes each one. First it is a general context introduction and an announcement of the hypotheses, second, a interdisciplinary reflection in dialogue with Marcuse, Arguedas and others, on how we see, we prepared and we thought the death, and, third, is tried a trial of chronicle, to illustrate the treated subject, with a particular case, that is to say, the one of Ildefonso Páucar Oncehuay and the intervention of a correlative symbol: *yukish*.

### Key words

DEATH, FLY, ANNOUNCEMENT, ANDEAN EPISTEME, HUARIARQUEÑ'S IMAGINARY CULTURAL.

1 Vocablo regional del Ande Central: mosca común de abdomen color verde.

### Fenomenología<sup>2</sup> del *Guengesh*

Hay relatos que parecen de tiempos inalcanzables, pero cuando uno está atento a sus días, advierte que los asuntos añejos viven con nosotros. No trataré de las moscas milenarias. Tampoco de los muertos de siglos idos, aunque se merezcan recuerdo. Diré de lo que mis ojos vieron, y es bastante para una corta narración: una descripción vívida.

Resulta que con solamente tener una mosca cerca, persistente, enredando con zumbidos las orejas, es suficiente para incomodar a cualquiera. Yo no las aguanto. El gesto que se hace frunciendo el ceño u otra mueca puede estimar muchos significados frente a ese intruso insecto. Lo cierto es que, en cualquier lugar del mundo, las expresiones siempre serán de rechazo. Lo observamos diariamente, también que esta manera es consentida en los distintos discursos. Quizá la mosca sea repugnante por su presencia en lo nauseabundo. Con sus patas peludas, negras y pegajosas posándose en las comidas, las vajillas de cocina, en los picos de las botellas todavía con líquido para beber, en los bordes de los vasos, en las sandías playeras y, si nos descuidamos más, con su prenderse en nuestras narices, labios, o ropa dejando su perpetuo excremento. Razones éstas por las que el hombre en toda su historia ha buscado mil formas de eliminarlas. Empero, allí están y en abundancia. Hay mosquitas, moscas y moscardones, son *chuspis*.<sup>3</sup> Unas se clavan en la melosidad de los vinos o en las frutas maduras, las otras, las *universales*, que se pasean en las mesas de los comedores o en el lomo de los animales, y se enredan en los cabellos jugueteando con sus vuelos a media altura en los espacios centrales de cada sala, son las que más acompañan al hombre. Y entre los moscardones tenemos al *guengesh*: color carbón azabache, abdomen abultado verde oscuro, de tránsito sobre carroñas o comidas descompuestas, y poseedor de un ruido agudo penetrante al volar que, precisamente, motiva su nombre; el más *ashlanquero* de estos bichos, es el *urunguy*,<sup>4</sup> grande, redondo y brillante, de fino tul entero, cerda negra afelpada, *tishna*.<sup>5</sup> Usualmente confundido con el pájaro-mosca *chirriampu*, que tiene un vuelo veloz y sostenido, se mantiene largo rato cuasi-

2 Como todos saben, *fenomenología* alude, en un sentido bastante amplio, a la reflexión sobre el acto o proceso del aparecer algo ante nuestra conciencia. Contra corriente, me es más útil inclinarme por este uso, y no por los especializados de Lambert, Hegel, Husserl o el propio Merleau-Ponty. En todo caso, el mío tiene más del uso wittgensteiniano del compuesto «análisis fenomenológico», esto es, aclaración de imágenes o aproximaciones conceptuales sobre estados de cosas (puesto en escena en su *Über Gewißheit*). Esta última pista, y otras observaciones y sugerencias, se la debo a Antonio Ramírez (DIAPOREÏN, Círculo de Investigaciones Filosóficas y Transdisciplinarias), queden expresados mis agradecimientos.

3 Vocablo quechua: mosca.

4 Moscardón de elevado zumbido en su vuelo.

5 Hollín.

inmóvil. Ese al que más de una vez cuando teníamos la honda hacíamosle puntería y, sin embargo, al que se sabe nunca nadie ha podido verle la cara, menos matarlo; y, si queriéndolo, necesitábase entonces no de una piedra sino del *shaulinco* verde.<sup>6</sup>

Esos últimos tipos de moscas grandes, el *guenguesh* y el *urunguy*, son los que anuncian la muerte de una persona. Así es como en el imaginario cultural huanuarqueño, en el Perú, se interpreta al sujeto que nos ocupa. El *guenguesh*: un símbolo, su referente: de color petróleo y de poto verde que brilla hasta en las sombras, deshova horadando las carnes vivas. Se oliscan pronto, mas su sal lo ahuyenta. Haciendo que la gente en su silencio se espante por el sinnúmero de misterios que su *visita* trae, es el que nunca falta en todo velorio. Hay que matarla para evitar que se *lleve a otro paisano*, empero, persiste alternando vuelos cortos, llenando los espacios con el zumbido misterioso, tratando de introducirse en el manto blanco que cubre al cadáver. El intérprete andino ya sabe qué hacer frente a la muerte, no consiente que los malagüeros le estén señalando las rutas. El *tuco-tuco*, la *paca-paca*, el *taparakuy*, el *janthhanakuy* de los gatos nocturnos, el *churo-churo*, el *puntinkuy*, nunca dejan de acompañar, en algún momento, a los moradores, claro, no juntos, pero si no es uno será el otro. Siempre presentes, como la misma muerte, ellos son el simbolismo de su potencialidad. Las dos enigmáticas y verdaderas. A fuerza de cohabitar con ellos en la casa o en el campo, ya la gente aprendió a definir sus perfiles. Nadie ha regresado, aunque algunos acusan encuentro con *los condenados* que buscan, fallidamente, cómo volver a su descanso eterno.

Al *guenguesh*, con todo, no hay que tenerle miedo, ni hacerle caso — expresa el imaginario cultural huanuarqueño—, sino pues *te jodes*. Mi hipótesis de lectura, desarrollada en diálogo con algunas otras, es que algo de estas escenas está anclado en el discurso universal, específicamente, cuando el hombre se pone, meditando o viviéndola, frente a la muerte. En particular, que si el necrosímbolo *guenguesh* lo atrapa a uno en las redes significativas de su encanto, *empezamos a recorrer ya su camino*.

### **La opaca identidad del ser de la muerte. Marcuse, Arguedas y Heraud**

La filosofía tiene bastante camino recorrido en la reflexión sobre este tema, que por cierto no es solamente de tipo ontológico, como sugería Marcuse soslayando a Freud, allí donde Gioberti y Rosmini no pudieron hacernos pisar suelo con relación al hombre y su «vida sempiterna». En todo caso, la ontología andina<sup>7</sup> tiene mayor concreción y expresa con mucha evidencia su conocimiento

6 Cuando las papas dan este fruto colgado en sus *yoras* durante el período de maduración.

7 Esto me recuerda a lo que Van Kessel decía a propósito de la complejidad y singularidad del pensamiento andino, expresión discursivizada de su ontología: «El pensamiento andino

de la muerte pero prefiere, sin rechazarla, prolongar la vida en la interpretación de aquélla. Encontramos experiencia de quienes han aprendido a aceptarla, y hasta caminar con ella. Los filósofos, apoyándose en el psicoanálisis, nos hablan del «instinto de muerte», de su natural e involuntaria posesión. Pero, por otro lado, una dialéctica permitiría hablar del «instinto de vida», que resulta de más grato sostén.

En la *Ideología de la muerte*, Marcuse señala que una de las características de la filosofía es presentar la necesidad empírica como necesidad ontológica. Es decir,

[e]sta *inversión ontológica* actúa también en la interpretación de la muerte como verdad. Se manifiesta en la tendencia de aceptarla no solamente como un hecho, sino, como una necesidad, que debe ser conquistada no destruyéndola, sino consintiéndola. En otras palabras, la filosofía ha dado por supuesto que la muerte pertenecería a la esencia de la vida humana, a su realización existencial. Además, la aceptación comprendida de la muerte ha sido considerada como una prerrogativa del hombre, como la razón misma de su libertad [...] El hombre es libre solamente si ha conquistado su muerte.

Comprendemos entonces, el porqué de aceptar la muerte como el inicio de una nueva vida y no únicamente un acto final biológico: el hombre está *más allá* de la carne y los huesos. Hay también quienes sostienen que al morir se empieza no sólo una nueva vida, sino una *mejor* (¿o es que, simplemente, es la liberación frente a *los pesares?*).

No es el caso, por el momento, continuar hablando de asuntos que vayan *más allá* de la muerte. Quedémonos con la misma muerte. ¿Aceptamos esa *verdad o realidad* que está dentro de nosotros como un *instinto*? ¿Nos liberamos o empezamos a convivir con ella —como cuando los héroes, antes de serlo, consienten enfrentarse a la muerte y se muestran fuertes teniendo *el poder* de conquistarla y administrarla—? Aparece la *angustia* como categoría explicativa existencial. Dado que la muerte se da de un solo modo inevitable, omnipresente y como límite prohibido de la libertad humana, abriga la angustia que es temor. Un ejemplo —que nos devuelve, aunque sólo en parte, al necrosímbolo *guenguesh*— lo tenemos en José María Arguedas, aceptando ingresar a la muerte, pero sin admitirla plenamente —pues tuvo intentos de resistencia— buscaba cómo pasar al lado de los difuntos. Ya la muerte sustantivada no era su problema, su camino. Es iluminadora su confesión:

no se desarrolla según la lógica científica... sus argumentos en el discurso no son exclusivamente racionales. Valen también argumentos emocionales, afectivos. También maneja argumentos de autoridad, de tradición y de testimonio y esto con más confianza que los argumentos racionales». Cf. Van Kessel, J., *Ritual de producción y discurso tecnológico andino*, Puno, 1991, p. 21.

Hoy no me siento a la muerte, como decía el día lunes 11. Decirlo sería, en cierta forma, afirmar o dar muestras de lo contrario. Ahora, en este momento, el amarillo, no sólo mal presagio sino materia misma de la muerte, ese amarillo del polvo del *moscón*, al que tan fácilmente se mata en mi pueblo, está asentado en mi memoria, en este dolor ahora lento y feo de la nuca [...] Se me fue un poco ese polvo amarillo del *moscardón* que parecería que me había asentado en el hueso. No es una desgracia luchar contra la muerte escribiendo [...] Los efectos del veneno continúan. Es como si los ojos estuvieran algo enlodados en ese polvo amarillo que el huayronco abraza con su cuerpo negro. Yo tengo en el ojo la pesadez de ese *insecto volador* que manotea con su cabeza mineral, con sus patas que tienen casi microscópicos pelos, y que son lentos pero que, aun así, al extenderse de un cuerpo ancho, acorazado de negrísimo metal brillante, dan la impresión de ansia que se va satisfaciendo, a cada movimiento que parece triunfal, agudo, fruto del máximo esfuerzo, explosión de la vida que hay en estos cuerpo que al ser aplastados suenan como cáscara de huevo, como frágiles armazones de láminas. Por algo este huayronco empolvado del germen de la flor amarilla es temido por los campesinos quechuas como un ánima que goza en el fondo de la bolsita afelpada que es flor de los cadáveres. Y el vuelo del huayronco es extraño, *entre mosca y picaflor* [...] En este instante lo siento bajo mi frente, lento, regándome su polvo de cementerio, acrecentando mi enfermedad. ¡Pero ya no deseos de suicidio! Al contrario, hay cierta dureza en el cuerpo de mis ojos, un dolor difuso como de sueño maligno, de muerte temida y no de la deseada.

Existe el dilema de la muerte en nuestros adentros —y es que hemos crecido en medio de tabúes—. *El instinto de muerte*, por su propia naturaleza, no debe ser forzado, aparece cuando tiene que hacerse presente para, inevitablemente, aceptar aquélla. El mismo psicoanálisis, dice Marcuse, «casi se ha liberado a sí mismo de estas especulaciones *acientíficas* y busca discutir si la afirmación de la muerte expresa un *deseo de morir* profundamente arraigado, o un instinto de muerte primario en toda vida orgánica, o si *este instinto* no se ha convertido en una *segunda naturaleza* bajo el impacto de la civilización».

Para la racionalidad arguediana no fue fácil definir su apego por la muerte, donde la angustia fue constante y el *wayrunqo* nunca se apartó de sus ojos. Arguedas vivió lo que Shakespeare solamente pensó: La vida no es más que una sombra caminante, un pobre actor, que se pavonea y se desgasta durante su hora sobre la escena, para después no volver a ser oído: es un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que nada significa.<sup>8</sup>

Otro concepto que no debe soslayarse es el de la individualidad, porque la *recuperación* de la libertad de poder voluntariamente *carga* con su muerte según la sustancia y capacidad de las personas. Cada individuo posee su *propia esencia*.

Mannheim, por su parte, invita a no quedarse con las abstracciones frente a la muerte:

[...] cualquier idea debe comprobarse por su congruencia con la realidad. Entretanto, sin embargo, se ha revisado y puesto en tela de juicio nuestro propio concepto de la realidad. [...] Si examinamos los diversos tipos de juicios ontológicos que nos ofrecen los diferentes grupos, empezaremos a sospechar que cada grupo parece moverse en un mundo de ideas aislado y distinto y que esos diferentes sistemas de pensamiento, que a menudo entran en conflicto unos con otros, pueden reducirse, en último análisis, a los diferentes modos de experimentar la *misma* realidad.

Pero así fueron acumulándose precisamente las reflexiones acerca de la muerte y la filosofía, la psicología y la antropología nos irían entregando sus respectivos aportes, como, a su modo, los chamanes, los poetas y las formas productivas de creencias en general.

Pero volvamos a Arguedas. Él toleraba a la mosca, pero guardando la distancia. En 1938 publicó un poema anónimo en quechua traducido, por él mismo, al castellano:

Yo Crío una Mosca [título]). Yo crío una mosca / de alas de oro, / yo crío una mosca / de ojos encendidos. / Trae la muerte / en sus cabellos de oro, / en sus alas hermosas. / En una botella verde / yo la crío; / nadie sabe / si bebe, / nadie sabe / si come. / Vaga en las noches / como una estrella, / con su resplandor rojo, / hiere mortalmente / con sus ojos de fuego. / En sus ojos de fuego / lleva el amor, / el amor que trae en el corazón. / Nocturno insecto, / mosca portadora de la muerte.

Pero otros, como Javier Heraud, prefieren crear su *señorita mosca*, y ponerse de acuerdo con ella para cuando llegada la hora de la verdad, ya no fastidie. Recuértese, aunque extensa, las elocuentes expresiones de *Las moscas*:

Claro, señorita mosca, / Ud. vuela graciosamente / Ud. se dibuja en el aire, / se dibuja con su sombra / movediza en las paredes, / Ud. parece reírse de mí / porque yo ni la miro / débilmente, / y Ud. se posa en mi nariz, / se para en mi cabeza, / se posa sobre mi hombro / y hasta diría le gusta, / ay señorita mosca, / que yo le ponga / inútilmente mi mano / para matarla, / pues Ud. se ahuyenta, / levanta el vuelo, / y se posa sobre mi pan, / mis tostadas, mis libros / que aguardan su llegada. / ¡Ay! señorita mosca, / me dicen que Ud. puede / traer males terribles, / pero yo no les creo, / y a donde suelo ir / la encuentro / nuevamente, / molestando con sus / alas. / Y claro / sólo los tontos / compran rejilla con mango, / o un periódico viejo, / y la persiguen / hasta que la ven caer, / moribunda. / Es oficio de ociosos, / eso de matar moscas / diariamente, / pues, Ud., señorita mosca, / no asusta ni a las vacas / ni a los perros. / Pero le advierto: / si algún día yo pudiera, / reuniría todos los sabios / del mundo, / y les mandaría fabricar / un aparato volador / que acabaría con Ud. y sus /

amigas para siempre. / Sólo espero no alimentarla / y no verla en mis entrañas,  
/ el día que si acaso/ me matan en el campo / y dejan mi cuerpo bajo el sol.

Me inclino a pensar que, aun presuponiendo la borrosa universalidad del temor a la muerte, tenemos en aquí tres racionalidades que identifican la muerte desde diferentes perspectivas. Corolario: no tiene razón quien cree que sólo puede haber una, sino varias.<sup>9</sup> Pero tampoco la tiene aquel que las piensa como inconmensurables.

### **El *Guenguesh* de don Ildefonso Páucar Oncehuay y el *Yukish*. Una crónica sensibilizada de la conceptualización huariarqueña de la muerte**

De acuerdo como nos encontremos, la muerte vendrá a nosotros para irnos con ella. No faltará quienes la llamen por ya necesitarla. Los más desprivilegiados la encontrarán en el camino, involuntariamente. Pero llegará. Como cuando la mosca, rompiendo todo protocolo se tiñe de todos los colores, a veces con bastante calor o frío, su temperatura más segura. La muerte no tiene elementos definidos, se presenta agriamente, siendo quizá, de otro u otros, el placer Su identidad, como se anunciara, es borrosa, *fuzzy*. No dejemos, pues, que los diez mil ojos de la mosca nos ganen la mirada por el lado que aún no nos corresponde avanzar. Algo de esto le pasó a don Ildefonso Páucar Oncehuay.

Precavido, conoció el presagio de la muerte y empezó a defenderse hasta mimetizarse con ella. Así pudo vivir mucho más de lo que él mismo se imaginaria. Primero, la rechazó; luego, convivió con ella. *Se puso el poncho con anticipación al zumbido*, para cuando éste llegara no lo encuentre desprevenido. Sentado a veces cuando la sombra pesaba de tanto frío y, afuera el sol abrigaba, salía a su vereda como quien sobre la manta extendía el mote recién lavado. Se calentaba las espaldas. A veces se dormía sentado sobre la tabla que había al pie de su puerta; con el sombrero ladeado hacia el sol cubriéndose la cara. Su sueño debió ser profundo, no sentía que las moscas revoloteaban sobre sus manos, o es que se había hecho de la idea que algún día cercano no tendría la necesidad de espantarlas. Los arrieros que pasaban cerca se persignaban, guardando mudo misterio. Casi todo el día de todos los días *carpintereaba* con la paciencia de sus años. Saludaba sin levantar los ojos conociendo por no sé qué atributos de quién se trataba: «buenos días cumá Juana», «buenas tardes don Prudencio», «buenas noches, cumpá Cashi»..., y seguía trabajando. Una banquita para una criatura, un mango de lampa o de *casho*, una cruz labrada para algún reciente difunto, uno que otro yugo para los arados; en fin, los trabajos mayores no pasaban de algún marco para una puerta, reparar una jaula, hacer un *cuynero* o el horcón de una

9 Como salta a la vista, estoy pensando a favor de Van Kessel, y en contra Hans Blumenberg.

cama. Eran tiempos en que los bosques de todos los cerros empezaban a *verdear* como alfombras de eucaliptos y las compañías mineras cercanas a Atacocha y Milpo amenazaban con adueñarse de aquellos palos que tanto necesitaban para los durmientes de sus minas. Ya tenían ellos como propietarios una cadena de cerros desde La Quinoa, Yanapampa, Marcopampa, Cajamarquilla, Batanchaca, y querían entrar por Andasco hasta Yarushyacán y Cuyuma con Gañís en Huariaca. Sus ingenieros y abogados ya estaban trabajando para tal intención porque los gerentes en Lima han expresado «que si es posible con el diablo nos haremos socios con el fin de contar con esos bosques», mientras que don Ildefonso había aprendido deshacerse de cuanto ser vivo se le presentaba anunciando algo mal agüero. Los vecinos respetaban a don Ildefonso no sólo por su edad, que ya encorvaba la espalda, y por el cumplimiento de sus encargos de carpintería, sino por cómo había espantado del pueblo, para siempre, al maligno *Satanás*. Tenía en el pequeño taller de su casita blanca con techo aún de paja, dos aves que nunca se alejaban de su lado. El zorzal, de alas cortadas, se paseaba saltando por sobre su mesa de trabajo, muebles desordenados, herramientas y hasta por él mismo. Él sabía hablarle al pájaro y parecía que éste le entendía. El principio de caridad interpretativo estaba en juego. Mosca que se aparecía era mosca tragada, esa era la función del *yukish*, ave que con ágiles volteretas daba cuenta rápida del insecto. Desaparecían mariposas, polillas y todo intruso volador. Ahora que era viejo no practicaba las liturgias. En su tiempo, se encargaba año tras año de bajar al *Sanjuancito* para ser colocado en su anda; cuando había algo que reparar en la iglesia no pedía favores a nadie, él mismo, trepado en los techos, metido debajo las bancas, en las columnas iba dando a los clavos, cambiando los maderos. Incluso sin que nadie lo notara arregló con mucho arte las orejas del carnerito del *Taita Patrón*, compartía algunas tareas con el sacristán don Rafael Canturín. Los años no pasan en vano. Ahora asiste cuando puede, a algunas novenas de Semana Santa. Resulta que en más de una el padre Máximo Alfaro había advertido que Satanás pretendía desbaratar la organización que recordaba la *Pasión de Cristo* y que las puertas del infierno se abrieron para dejar sueltos a los malignos, tentando a la noble gente de Huariaca para ingerir licor hasta morir. Los fieles asistían plenamente a cada sesión y hasta se habían armado piquetes de campesinos cristianos para que rondan la ciudad y cuando hallen algún indicio den aviso a través de las campanas. De esta condición colectiva se explica que los campesinos estén muy bien preparados con el fin de acabar con cuanto diablo se acercara a ellos. El temor de *los ingenieros de Atacocha* era que los confundiesen. Nadie imaginaba que la presencia de Satanás unificara de tal manera las conciencias de las comunidades. A pesar de ser un maldito tenía ventajas frente al común de las gentes: aparecerse como

viento fuerte o granizada en pleno sol, presentarse ranciando comidas y chichas de las fiestas patronales, avanza como flotando, pero se sabe de él porque por donde pasa se siente su mal olor y cuando duerme se materializa acomodándose entre las piedras, bajo los árboles o flotando como un tronco sobre las aguas. El alcalde de Huariaca se encontraba un tanto mortificado. Se había enterado a través del cura que a los gerentes de Chicrín y Atacocha no les interesaban los bosques sino los grandes yacimientos de metales preciosos al interior de todos los cerros. Los moradores conocen por dónde camina el diablo, por ahí ya nunca crecen las hierbas. Las únicas maneras de vencer a Satanás son con candela, rebencazos de espinas y *shiracas*, u orinándole en la cara.

Cierta tarde al salir de mi escuela 493, en Jana Barrio, vi a don Ildefonso llevando algo de peso sobre el hombro y envuelto con una cotencia. Lo alcancé, salude e indagué por la carga. Es mi gato, dijo sin ninguna pena. Agregó su autoría. Yo seguía preguntando. Se detuvo antes de llegar al puente de la quebrada Santa Rosa, donde botaría a su *Pelusa* en el montón que había cerca de la casa del señor Moreno. Me miró sin importarle el sudor que le deslizaba por las mejillas. Pronto me voy a morir, sentenció el anciano abandonando la mirada por sobre el polvo que levantaba la canchita junto al coso de la iglesia:

—Imagínate, tanto tiempo viviendo juntos el *Yukish* con el *Pelusa*, para que al final venga este felino endiablado y se coma mi pájaro protector... ¿Quién, ahora, espantará a las moscas que traen la muerte?... Ya no tengo defensas. El *Yukish* era mi guardaespalda. Parece que el maligno está tocándome la puerta o es que los diablos y las moscas son la misma cosa.

Desde entonces, veía que don Ildefonso andaba cada vez más encorvado, silencioso.

La otra ave que mantenía el vecino carpintero era una gallina que nunca le daba de comer con la finalidad de que ella, de hambre, comiera cuanto encontraba en su camino. Se metía por cuanto recoveco había para encontrar arañas, gusanos, grillos, *chanchitos* y todo lo que se filtraba en el ambiente. Con mucha habilidad extraía con el pico duro y certero cuantas carcomas tenían los maderos viejos. Aquél le tenía pavor a los grillos que pregonaban la muerte de alguien metiéndose en algún agujero de la bicharra. *Ese churochuro me viene punzando el alma*, decía. *Pashkualito es el santo de los pobres y no va a permitir que Satanás haga de las suyas*, le escuché pronunciar la otra tarde que tendía sus tajadas de papas para que se secaran con la helada del verano.

El maestro Ildefonso, que así le conocíamos en la empedrada calle Bolognesi, parecía quererme porque era amigo de mis abuelos y de mi padre en particular. Conoció a mis bisabuelos y yo, que era un niño hablador, le

gustaba mi compañía en las tardes que podía, después de las campanadas de salida de mis clases. Me contaba cosas, le escuchaba. Simplemente me gustaba estar allí, en medio del silencio donde sólo se percibían los ecos de las bajadas de agua que como brazos descendían partiendo el pueblo en grandes sectores, se interrumpían con los sonidos que el Maestro hacía golpeando sus maderos con los martillos, hasta que mi abuelo llegaba y con su sola mirada me hacía volar. Estando en la casa también el eco de sus golpes rebotaba desde la yesera de Santa Rosa y se metía entre los eucaliptos para descender a las huertas y saber que don Ildefonso estaba haciendo algo bueno para la comunidad. Cuando no escuchaba al viejito algo me decía que de repente necesitaba ayuda. Subía a los tapiales o trepaba en el cerezo mirando su puerta. Él nunca ponía candado, simplemente juntaba las hojas de su puerta y enganchaba la aldaba. Vivía solo y confiaba en la asistencia de sus vecinos. Nosotros éramos los más cercanos, yo su confidente. Llamábame la atención sus actos misteriosos con insectos, plantas, vientos y sueños. Su pasión, las moscas: interpretarlas bien para no caer en sus presagios de muerte.

Para abastecerse de maderas, él pedía disculpas al *Señor del Domingo de Ramos*, pidiéndole prestado su burro que *mostrenqueaba* en cualquier lugar del pueblo y montándolo se alejaba a los bosques comunales. Fue en una de estas circunstancias, vísperas de Semana Santa, en que estando en Huancayo vio que un grupo de personas se arremolinaba en una cueva en el trayecto inclinado de los cerros y que en su interior se proyectaba la sombra echada de Satanás. Estaría durmiendo. Nadie ingresaba al lugar, sólo comentaban. «Miren, allí están sus cachos», «también se nota su largo rabo con punta de flecha». El aguacero empezó a caer haciendo más resbaloso el camino y difícil la vista. Alguien alcanzó decir «¡Aléjense, porque puede ser una trampa del demonio y morimos todos», «Recemos más bien», dijo otra persona, y todos se arrodillaron agachando la cabeza y sin importar la lluvia. Actualmente esta abertura del cerro lleva el nombre de *La Cueva del Diablo* y es un lugar muy pesado para poderlo cruzar a solas, salvo que el caminante o forastero coloque una piedrecilla sobre la apacheta encomendándose a los espíritus de *la jirka* y *el Supay* no le sople para mal. Antiguamente, parece llevaba el nombre de *Uchkomachay* y era el *wanka* por donde transitaban los ánimos de los fallecidos.

Don Ildefonso aseguró el burro en el tallo seco de un arrayán y, levantando el poncho por sobre el hombro, decidió entrar a la caverna con su lento caminar, poco a poco hacia el fondo de donde se proyectaba la sombra. La gente se puso de pie, callada. Luego vieron que el viejo regresaba de las profundidades pidiendo ayuda:

—Alcáncenme huarangos... shirakas... Shines y juan'alonsos —dijo en voz baja. Todos se movilizaban silenciosamente por temor a que se despierte el diablo.

Envolviendo con su poncho los distintos manojos de espinas y ortigas retomó el maltrecho y resbaloso paso al interior del cerro. «Si algo me pasa, no va a haber problemas, ya estoy anciano y he vivido bastante para tener miedo. Todo lo hago por el taita Pashcualito». La gente comprendió el mensaje decidido porque él siempre andaba junto a la muerte, conoce el límite. *Es un guengesh humano* y seguro ganará al diablo: conocedor del mundo, sabe de todo. Consejero, un *jirka* andando. «Recemos más bien para que San Juan lo acompañe». Los minutos pasaban sin noticias. Las miradas directas, sin pestañar se perdían en el enigmático hueco, hasta que, un ruido estruendoso salió del fondo que llenó de polvo. Todos retrocedieron imaginando una lucha con el demonio y que talvez no ha podido amarrarle las espinas en el rabo, hasta que... ¡Ya no está la sombra!, señaló uno. ¡Entremos todos!, dijo otro. De inmediato, tomando cada uno un ramo de las espinas, pasaron. Luego salieron hablando en distintos tonos: *solamente la zanja se ve al otro lado; todo oscuro está; solamente un tronco flota en el charco; el shapshico se lo ha llevado; recemos por el vengador del pueblo; mañana haremos misa en nombre de don Ildefonso; no creo que esté en el infierno, Pashcualito lo tendrá en el cielo...*

Al día siguiente, muy de temprano cuando los *chirriamos* cantaban en los eucaliptos, doblaron las campanas. Era un toque diferente. La gente no sabía si era para una misa alegre o para difundo. Expresaban las dos cosas simultáneamente. *Por si acaso nos persignaremos*, decían las comachas. El cura Alfaro ya estaba enterado que don Ildefonso había espantado al Satanás. La gente caminaba como liberada de maldad, articulando los mecanismos para la memoria de aquél. Si pronunciando su nombre, se persignaban. Doña Allica y doña Octavia se acercaron:

—Deo gracias —diciendo las dos señoras tocaron y, al abrirse la mitad superior de la puerta lateral, don Ildefonso saca la cabeza para saludar a sus dos vecinas pero éstas, santiguándose, mencionaron al mismo instante: «bendito sea Dios»... ¿Está usted vivo?

—Sólo fue un susto, vecinas. Un tronco seco de maguey que pisé se hundió con fuerza y felizmente salí con vida arrastrándome, arrastrándome.

—¿Y... el diablo, ga?

—No sé, creo que enredándose con las espinas, rodando rodando se fue no sé hasta dónde, ni sé hasta cuándo...

—¿Para quién están doblando las campanas?... Los dobles son fuertes y hondos —preguntó el viejo.

—Es para usted, pues, don Ildefonso. Todo el pueblo y el cura mismo están aplaudiendo su valentía y su... santa muerte.

—No pensé que fuera tan fácil morirse... Iré a la iglesia para agradecer a la gente de sus sentimientos por mi muerte y, al Pashcualito, lo limpiaré como

en los buenos tiempos para su procesión del *Sábado Gloria*. Felizmente en estos últimos días no se me ha acercado para nada al maldito guengesh.

Solamente los forasteros no se dieron cuenta cuando la gente del pueblo enmudeció en pleno templo. De rodillas los feligreses, pero con las cabezas que giraban desde atrás, lentamente al compás de los pasos de don Ildefonso que hacía su ingreso a la iglesia.

El sacristán tocó fuertemente la campanita de plata para que el padre Alfaro despierte de su cómodo, se ponga de pie para empezar la ceremonia, y ordene a Jorge Negrete y sus acompañantes den los cánticos. Don Ildefonso se extendió de cúbito ventral en la parte central del pasadizo, entre las dos columnas de bancas. Así, con los brazos abiertos e inmóvil, asistió a la misa y, antes de concluir, salió. La gente, automáticamente persignose abandonando la nave hacia la plaza central. Los comentarios sobre el milagro ocurrido al viejo, en castellano y en quechua. Esa misma mañana, el alcalde citó a un cabildo abierto. Acuerdo: las comisiones populares formadas para terminar con el diablo continuarán en actividad. Todos festejaron, vivando con los brazos en alto, levantando lampas, serruchos, sierras picos, hachas y hasta cohetes reventaban haciendo trizas los cielos. Los ingenieros y abogados de las compañías mineras decidieron retirarse del distrito hasta cuando les fuese propicio. La imagen del *Guengesh* había crecido. En cada casa de los cerros blandían banderas blanca y roja, y el alcalde convocó a una sesión solemne.

En una de mis frecuentes visitas a la carpintería, me senté sobre un tronco de maguey para conversar y...

—No veo a su gallina, maestro. Ya se la comió y no me ha convidado —le dije.

—Le cayó una tabla que la hirió de muerte... Tuve que sacrificarla...

—Se quedó usted sin animalitos, don Ildefonso.

—Sí, pues, niño. Ya me las arreglaré yo solo —definió.

Lo raro se iba sumando en el anciano. De pronto le veíamos hablando solo y hasta con ademanes. Claro que cuando se encontraba con alguien mantenía su ecuanimidad y bromeaba. Le gustaba contar historias del pueblo. Su fuerte estaba: las luchas por la defensa contra los huaycos y la heroicidad de su gente en los conflictos de envergadura. Derramaba sus lágrimas cada vez que recordaba, uno a uno, a los hombres y mujeres que se enfrentaron a los chilenos. *Yo era muy niño entonces. A los jóvenes tocaba cuidar municipalidad, iglesia y plaza. Allí mi padre, yo le seguía Ese era el deber de los Jana Barrio. A los de Cushipampa y a todo el Ura Barrio le tocó cuidar las entradas y reparto de víveres. Al comienzo estaban todos,*

*hasta gente de las alturas, después, cuando los jóvenes fueron a reforzar el ejército, se organizaron ancianos, mujeres, enfermos y hasta niños. Los chilenos entraron porque nosotros no teníamos armas, sino...*

En las mañanas, al salir de mi casa veía al viejito sacudiendo sus frazadas de la cama. Al mediodía, iterando la misma maniobra. Cierta vez, cuando la tarde ya empalmaba con la noche, acompañaba a uno de mis tíos para dejar las acémilas en los rastrojos de Huancapucro, también hallábamos al anciano golpeando sus mantas de dormir. Seguro que hay mucho polvo en su cuarto, decía para mis adentros.

La otra tarde que me acerqué a él para cambiar la púa de mi trompo. Me sorprendió obsequiándome otro, hecho de eucalipto por él. *Toma hijo, lo tengo hace varios días. Cuando era niño yo mismo hacía mis trompos y los bailaba hasta que zumben. Sin esto, no me gustaban. Este también debe zumbar, suavcito y lejos. Si sale sangarachero, me avisas para hacerte otro.* Noté que desbordaba en ternura, bondadoso sin límites, con su humanidad reflejada en sus temblorosos y risueños labios. Sin decir palabra alguna, sino después de largo rato. Dando una desacostumbrada y ágil vuelta hacia mí, todavía con el formón en la mano, dijo: *nunca permitas que las pulgas aumenten en tu cama. Si así sucediera, te cargan. Las únicas que saben regresar después de muertas son ellas. Se dejan enterrar con los muertos y allí también acaban con sus vidas; pero, debido no sé a qué secretos, reviven y salen a la luz buscando a quién llevarse. Estos bichos ya no pican, tienen la muerte por dentro, buscan el momento para contagiarte de muerte.*

Después del enfrentamiento con el diablo, la imagen misteriosa, casi milagrera de don Ildefonso, fue creciendo hasta en los aledaños. Era inevitable que en cada mañana al abrir su puerta, encontrara dos o tres jarroncitos con lindas flores. Los llevaba a la iglesia para donarlos al santo más olvidado. Muchas de las veces era ayudado por el sacristán. Otro aspecto de su vida que también había cambiado era el interés que antes tenía por las moscas anunciadoras no eran ahora de su cuidado. Simplemente los contemplaba, no los combatía. Cuantas veces don Juan Halet en la puerta del restaurante *Los Andes*, encontró al viejo como hipnotizado con el foco del poste donde solía dar vueltas con sus velos aparatosos el *taparakuy* negro. *Tú eres menos fastidioso que el guenguesh*, pensaba en voz alta como queriendo volver a aplicar singularmente *el principio de caridad davidsoniano* ante la mariposa nocturna. La gente que pasaba no dejaba de persignarse. Al guenguesh ya lo soportaba sin los rechazos de veces pretéritas. La mosca se acercaba amenazante y llenando el vacío de su humilde casa con el ruido fúnebre que salía de sus alas. Don Ildefonso lograba comunicarle: *estarás esperando que dé otro resbalón para adueñarte de mis fosas nasales, ¿verdad?*

*Convertido en mi guardián, ojo volador y sepulturero anticipado, parece que me vas a vencer* Ya no se sentía íntegramente vivo... ha venido perdiendo todas sus voluntades prospectológicas: vivía sólo para el presente porque el guenguesh se había adueñado de él y de su casa, eternamente. *El verdadero guenguesh eres tú*, le repetía cada instante a la mosca verde, hasta el amanecer del *Sábado de Gloria* en que el viejito ya no escucharía jamás el canto de los gallos, ni el susurro de los *chirriampos*. Nadie comprendió los públicos agradecimientos del alcalde: *Gracias por levantar el espíritu dormido, por vencer a los diablos del tridente y los diablos de la dinamita que quisieron adueñarse y volar nuestros cerros. Nos ha dado tranquilidad y, por tanto, también le deseamos paz.*

Ha tenido que pasar mucho tiempo para comprender —quizá por un prejuicio epistemologizante y racionalista, muy de nuestra modernidad, respecto de las disposiciones para actuar de los interlocutores humanos en general y una cierta ceguera para admitir la potencia constructiva de los necrosímbolos— porqué mi abuela y otras vecinas vaciaban ollas íntegras de agua hervida en los rincones del dormitorio de don Ildefonso, y cuando llevaron su ropa al *pishgach*, para ser lavada en el río y tenderlas en las pampas de Ayancocha, las señoras mostrando las sábanas hablaban, hablaban: *Pobre Don Ildefonso* —contemplando los puntitos rojos enclavados en la bayeta blanca— *seguro que estas pulgas no le dejaban dormir... O tal vez el guenguesh ya estaba en él hace mucho tiempo.*